

Cuadernillo N° 12

# Reproducción y Lucha Feminista en la Nueva División del Trabajo

Silvia Federici



**Reproducción y Lucha Feminista  
en la Nueva División del Trabajo.  
Silvia Federici.**

**Ediciones Libertaria.**  
2024 – 2° Edición.

Se permite la reproducción y difusión de este material con fines pedagógicos, libertarios y no comerciales citando la autoría.

**Comentarios:**  
revilibertaria@gmail.com

## Presentación.

Este texto es un extracto del libro “Revolución a Punto Cero”, el cual reúne 13 interesantes artículos de Silvia Federici, en donde nos muestra la lucha más allá de la violencia física o verbal sufrida por las mujeres, nos expone la violencia ocupada por el capitalismo global en la sociedad actual, definiendo el rol que juega el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional; un tema poco explorado por los movimientos feministas de hoy en día.

Cuando hacemos el análisis sobre cómo los países empobrecen producto del avance de la globalización, podemos visualizar inmediatamente en el marco de la lucha feminista, un “nuevo mercado laboral”, en donde millones de mujeres de todo el mundo aportan como mano de obra a la acumulación del capital, y si eso lo llevamos a los países subdesarrollados en donde se han creado las llamadas “zonas de libre comercio”, el maltrato por salarios bajos, las restricciones de embarazarse para no interrumpir la producción industrial y las revisiones y/o tocaciones en plantas productivas se multiplican por dos o tres veces en relación a países desarrollados.

Como parte de su artículo, también hace un resumen de cómo funciona el capitalismo y cómo influye negativamente en la construcción de las sociedades. Cómo los pagos de cuotas por la deuda externa restringen a los países el presupuesto de gastos sociales, acotándolo a lo mínimo posible.

Por último, nos muestra a los “cuerpos reproductivos” como cuerpos migrantes para contribuir al aumento de la mano de obra y el enriquecimiento del capital en las metrópolis, incluyendo a países desarrollados.

En definitiva, el texto nos invita a replantearnos y repensar las bases de lucha de los movimientos feministas en la actual sociedad, analizando el contexto internacional en torno al avance del capitalismo y cómo los tipos de “violencias invisibles” de las políticas internacionales nos afectan en el ámbito local.

## Introducción.

*“Comenzando por el reconocimiento de que el patriarcado y la acumulación a escala mundial constituyen el marco estructural e ideológico en el cual la realidad cotidiana de las mujeres tiene que ser entendida, el movimiento feminista internacional no puede hacer otra cosa sino desafiar este marco, junto con la división sexual e internacional del trabajo, a los cuales está íntimamente ligado.”.*

**Maria Mies**, Patriarchy and Accumulation On A World Scale, 1986.

*“Todas las consideraciones desarrolladas hasta aquí pretenden conducir fundamentalmente a una tesis que queremos sostener, a saber, que el desarrollo capitalista siempre ha sido insostenible, sobre todo por su impacto humano; para entender esto, basta con planteárselo desde el punto de vista de quienes han muerto y siguen muriendo por su causa. En efecto, este, para nacer, supuso el sacrificio de segmentos ingentes de la humanidad, supuso exterminios en masa, producción de hambre y miseria, esclavitud, violencia y terror y, en su avance, sigue presuponiendo todo esto.”.*

**Mariarosa Dalla Costa**, Capitalismo y reproducción, 1995.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Mariarosa Dalla Costa, «Capitalismo y reproducción» en Dinero, perlas y flores en la reproducción feminista, Madrid, Akal, 2009, p. 303.

## **Reproducción y Lucha Feminista en la Nueva División del Trabajo.**

Silvia Federici

Es un hecho ampliamente reconocido que el movimiento de liberación de las mujeres ha adquirido durante las dos últimas décadas una dimensión internacional, ya que se han formado redes en todo el mundo, especialmente al abrigo de las conferencias internacionales promovidas por las Naciones Unidas.

Así, hoy en día, parece que comprendemos los problemas a los que se enfrentan las mujeres mejor que en cualquier otro momento del pasado. Sin embargo, si examinamos las perspectivas que conforman las políticas feministas en Estados Unidos y en Europa, debemos concluir que la mayor parte de las feministas no se han reconocido ni han confrontado los cambios que la economía mundial ha provocado en las condiciones materiales de las mujeres y sus implicaciones para con la lucha feminista. Al día de hoy, tenemos casos de investigación que muestran que la situación de las mujeres se ha empobrecido en todo el planeta.

Pero pocas feministas reconocen que la globalización no solo ha causado una «feminización de la pobreza» sino que ha dado paso al surgimiento de un nuevo orden colonial y ha provocado nuevas divisiones entre las mujeres que las feministas deben afrontar. Incluso aquellas que se muestran críticas con las políticas promovidas por el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional (FMI), a menudo se decantan por posiciones reformistas que condenan la discriminación por motivos de género pero que dejan intacta la hegemonía global de las relaciones capitalistas. Por ejemplo muchas feministas deploran la «carga desproporcionada» que supone para las mujeres los planes de ajuste estructural y otros programas de austeridad, y recomiendan que las agencias de desarrollo presten más atención a las necesidades de las mujeres, o que promuevan que las mujeres «participen de los planes de desarrollo». Pero rara vez se posicionan contra los mismos programas o contra las agencias que los imponen, o reconocen que la pobreza y la explotación económica es un destino compartido con los hombres<sup>2</sup>. También existe una clara tendencia a considerar los problemas a

---

<sup>2</sup> Las recomendaciones del libro editado por Pam Sparr, *Mortgaging Women's Lives: Feminist Critiques of Structural Adjustment*, Londres, Zed Books, 1994, son un buen ejemplo de esto;

los que se enfrentan las mujeres como un asunto de «derechos humanos» y a intentar priorizar las reformas legales como las herramientas básicas de la intervención gubernamental<sup>3</sup>.

Esta perspectiva no consigue desafiar el orden económico mundial que es la raíz de las nuevas formas de explotación que sufren las mujeres. También la campaña de denuncia de la violencia contra las mujeres, que ha despegado en los últimos años, se ha centrado en la violencia física y la violación en el entorno doméstico en línea con las directrices de la ONU. Pero ha ignorado la violencia inherente al proceso de acumulación capitalista, la violencia de las hambrunas, las guerras y los programas de contrainsurgencia, que han

---

se trata de uno de los primeros libros en analizar el impacto que los ajustes estructurales tienen sobre las mujeres. Propone que el Banco Mundial y el FMI incluyan el género como uno de los criterios a la hora de asesorar el impacto social en las políticas de préstamos y la monitorización del impacto de los préstamos en las mujeres y en el hogar; «convertir la sensibilización de género y la estimulación de la participación local en los procesos de préstamo como una de las tareas características del personal empleado y uno de los criterios principales para la mejora laboral y la ascensión social»; «que se asegure que al menos uno de los tres miembros del panel independiente de inspección del Banco Mundial sea una mujer»; «comprometerse a informar a los grupos de mujeres de que tienen derecho a presentar quejas frente al panel de inspectores»; «instruir a los miembros del panel y a los de las ONG sobre cómo los cambios en los modos de vida de las mujeres son causa suficiente para presentar una queja»; «proveer de formación en la educación de género a todo el personal, incluyendo los miembros del FMI y del Banco Mundial». El texto continúa con recomendaciones similares. Para poder reformar el ajuste estructural Sparr propone que se adopte una solución «más creativa» (no especifica nada más) en lo relativo al trabajo no remunerado de las mujeres en los hogares, en las comunidades y en los cultivos; que el gasto público se oriente hacia la eliminación de las diferencias de género y que los impuestos se usen para crear guarderías y así poder aliviar la doble carga de trabajo de las mujeres, medidas todas ellas, según Sparr, compatibles con el modelo económico neoclásico.

<sup>3</sup> Un documento significativo al respecto de esta estrategia es la colección de ensayos recogidos en Joana Kerr (ed.), *Ours by Right: Women's Rights as Human Rights*, Londres, Zed Books, 1993, en los que todos los problemas que sufren las mujeres —incluyendo la pobreza y la explotación económica— se tratan como violaciones de los derechos humanos y se atribuyen al trato desigual al que estas están sujetas (pp. 4-5). El remedio propuesto es una mejor implementación de la Declaración Universal de los Derechos Humanos que las Naciones Unidas adoptaron en 1948, y la ratificación por todos los miembros de la ONU de la U.N. Convention on the Elimination of all Forms of Discrimination against Women (CEDAW) [Convención para la eliminación de toda forma de discriminación contra la mujer]. Pero tal y como demuestran los ensayos recogidos en este volumen, en la práctica, la metodología sobre los Derechos Humanos consiste en la documentación y la publicación de los abusos contra las mujeres, y en la monitorización de las actividades de la ONU y de las agencias que gestionan la «ayuda» y la cooperación con el «Tercer Mundo»

allanado a lo largo de los años ochenta y noventa el camino para la globalización económica.

En este contexto, mi primer objetivo es mostrar que la globalización del mundo económico ha causado una enorme crisis dentro de la reproducción social de las poblaciones de África, Asia y Latinoamérica, y que sobre estas bases se ha asentado una nueva división internacional del trabajo que se aprovecha del trabajo de las mujeres de estas regiones en beneficio de la reproducción de la mano de obra «metropolitana». Esto significa que las mujeres de todo el mundo están siendo «integradas» en la economía mundial como productoras de mano de obra no solo a nivel local sino también para los países industrializados, además de producir mercancías baratas para la exportación global. Defiendo que esta reestructuración global del trabajo reproductivo abre una crisis dentro de las políticas feministas, ya que introduce una nueva división entre las mujeres que debilita la posibilidad de una solidaridad feminista global y amenaza con reducir el feminismo a un mero vehículo para la racionalización del orden económico mundial.



## La Nueva División Internacional del Trabajo (NDIT).

Para poder evaluar las consecuencias de la NDIT sobre las mujeres, es necesario tener en cuenta qué queremos decir con este concepto, ya que la teoría convencional nos da una visión parcial de los cambios que han sucedido. La NDIT se identifica comúnmente con la reestructuración internacional de la producción de bienes de consumo que ha tenido lugar desde mediados de la década de los setenta cuando, en respuesta a la intensificación de los conflictos laborales, las corporaciones multinacionales empezaron a reubicar sus plantas industriales, especialmente aquellas que pertenecían al campo del trabajo intensivo como son el sector textil y electrónico, en los «países en vías de desarrollo». Es por esto que se identifica la NDIT con la formación de zonas de libre comercio —asentamientos industriales exentos de cualquier regulación laboral y que producen para la exportación— y de «líneas de montaje globales»<sup>4</sup> por parte de las corporaciones transnacionales.

Basándose en esta teoría, tanto los mass media como los planificadores económicos han relanzado el mito del capitalismo como el gran promotor de la «interconectividad» y la equidad, logrando, esta vez, sus objetivos a escala planetaria. Según este argumento, estaríamos presenciando la industrialización del «Tercer Mundo». Afirman que este proceso eliminará las jerarquías que han caracterizado históricamente la división internacional del trabajo y que tendrá un impacto positivo en la división sexual del trabajo. Las mujeres que trabajan en las zonas de libre comercio se beneficiarían supuestamente de su incorporación al mundo laboral, ganando así una nueva independencia y la formación necesaria para competir en el mercado

---

<sup>4</sup> Charles Albert Michalet, *The Multinational Companies and the New International Division of Labour*, Génova, ILO, *Word Employmente Reseach Working Papers*, 1976; June Nash y María P. Fernández-Kelly, *Women, Men and the International Division of Labor*, Albany (Nueva York), SUNY University Press, 1983; Joseph Grunwald y Kenneth Flamm, *The Global Factory: Foreign Assembly in International Trade*, Washington DC, The Brookings Institution, 1985; Chadwick F. Alger, «Perceiving, Analyzing and Coping with the Local-Global Nexus», *International Social Sciences Journal*, núm. 117, 1988; Katryn Ward, *Women, Workers and Global Restructuring*, Ithaca (Nueva York), Cornell University, Industrial Labor Press, 1990; Martin Carnoy et al., *The New Global Economy in the Information Age*, University Park (PA), Pennsylvania University Press, 1993. Véase también *The Global Assembly Line* (1986), un documental que analiza la internacionalización de la producción de mercancías y las condiciones laborales en las zonas de libre comercio, en referencia a México y Filipinas.

laboral internacional. Aunque aceptada por los economistas neoliberales<sup>5</sup>, esta teoría no ha estado exenta de críticas<sup>6</sup>. Robin Cohen observó que los movimientos de capital del «Norte» al «Sur» no son cuantitativamente suficientes para justificar la hipótesis de una «nueva» división internacional del trabajo. A finales de la década de los ochenta, solo el 14 % de las actividades manufactureras se llevaban a cabo en los «países en desarrollo», y el boom industrial se había concentrado en unas pocas áreas: Corea del Sur, Hong Kong, Taiwán y México. También se ha hecho evidente que la introducción de las zonas de libre comercio ni desarrolla el tejido industrial de los países que las alojan, ni tiene un efecto positivo en sus niveles de empleo, mientras que sí supone un expolio de sus recursos. En lo tocante a las mujeres que trabajan en esas zonas, sus organizaciones han denunciado que esta modalidad de trabajo genera un tipo adicional de «subdesarrollo» y supone incluso una forma oculta de esclavitud. Los salarios dentro de las zonas de libre comercio se mantienen por debajo de los niveles de subsistencia, muchas veces inferiores a los salarios mínimos de los países industrializados y mediante todo tipo de maneras de intimidación. En

---

<sup>5</sup> Véase el informe preparado por asistentes al Foro Económico Mundial en ocasión de su encuentro anual en Davos (Suiza) durante el verano de 1994. Pese a todo, en este informe la actitud dominante es la del miedo a que la esperada industrialización del Tercer Mundo pueda causar un declive económico en los países industrializados. Como crítica a estas tesis, que considera peligrosas para la expansión del «libre mercado», el economista Paul Krugman señala que las exportaciones del «Tercer Mundo» tan solo absorben el 1 % de los ingresos del «Primer Mundo» y que durante el año 1993 el capital total transferido del «Primer» al «Tercer Mundo» tan solo ascendió a 60.000 millones de dólares, «calderilla» según su punto de vista, «en un mundo que invierte más de 4 billones de dólares al año»; Paul Krugman, «Fantasy Economics», *The New York Times*, 26 de septiembre de 1994.

<sup>6</sup> Manuel Castells presenta una crítica totalmente diferente, este aduce que lo que hace diferente a la nueva división internacional del trabajo no es solo su reestructuración de la economía mundial sino su dependencia del conocimiento y la información como elementos claves de la producción. Castells rehace la teoría por la cual el desarrollo industrial no depende de la mano de obra barata sino del acceso a la tecnología y la información. Desde este punto de vista, el «Tercer Mundo» ya no existe, puesto que ha sido reemplazado por los países del este de Asia, que se han desarrollado tecnológicamente, y por el emergente «Cuarto Mundo» caracterizado por su falta de capacidad para acceder a la «información económica» y su subsecuente marginalización económica. Véase «The Informational Economy and the New International Division of Labor», en M. Carnoy, M. Castells, S. S. Cohen y F. H. Cardoso, *The New Global Economy in the Information Age*, University Park (Penn.), Pennsylvania State University, 1993, pp. 22-23. Según el análisis de Castells, casi toda África y Sudamérica y una buena parte de Asia caerían en el saco del «Cuarto Mundo» (pp. 35-39). Pero la magnitud de las poblaciones de estas zonas no le amedrenta a la hora de afirmar que el trabajo que hacen es irrelevante para los objetivos de la economía mundial y la acumulación capitalista.

Indonesia los salarios recibidos en las zonas de libre comercio son tan bajos que las familias de las y los trabajadores/as deben completar los ingresos necesarios para la supervivencia.

Junto a ello, las mujeres se ven forzadas a trabajar largas horas en condiciones poco seguras, están sujetas a revisiones diarias para asegurarse de que no se llevan nada de las plantas; a menudo se ven forzadas a usar la píldora de control de natalidad para no quedarse embarazadas y trastocar la producción; y se restringe su capacidad de movimiento. En muchos casos se las encierra dentro de las fábricas sin permiso para salir hasta que hayan alcanzado la cuota de producción establecida; debido a esto han muerto cientos de mujeres en México y en China al no poder huir de los edificios mientras se producía un terremoto o el edificio estaba en llamas<sup>7</sup> y en todos los países se las persigue cuando intentan organizarse laboralmente. Pese a las duras condiciones, las trabajadoras de las zonas de libre comercio no se han quedado de brazos cruzados frente a la penetración de las relaciones capitalistas en sus comunidades. Desde México a Filipinas pasando por las islas del Caribe, las trabajadoras de las zonas de libre comercio han construido redes de apoyo y organizado huelgas y movilizaciones que han puesto a la defensiva a los dirigentes empresariales y a los gobiernos que habían dado luz verde a la implantación de las zonas de libre comercio. No obstante, yerra cualquier esperanza que se haya puesto en que el impacto económico de estas zonas de libre comercio pudiese ser beneficioso para las trabajadoras, en la medida en que la razón de ser de este tipo de zonas es la creación de entornos laborales en los que las y los trabajadores/oras no tengan derecho alguno.

No es esta la única razón por la que debería revisarse la teoría convencional sobre la nueva división internacional del trabajo. Igual de importante es el hecho de que la teoría convencional siga reconociendo solo como trabajo y actividad económica la producción de mercancías mientras que no le presta atención alguna al trabajo reproductivo pese a décadas de ensayos

---

<sup>7</sup> Esta fue la causa de muerte de muchas trabajadoras durante el terremoto de Ciudad de México de septiembre de 1985, que destruyó cerca de 800 plantas industriales en las que sus empleadas se encontraban encerradas. Cynthia Enloe, *Bananas, Beaches and Bases*, Berkeley, California University Press, 1990, p. 169. Los empresarios se apresuraron a rescatar la maquinaria de entre los escombros (*ibidem*, p. 170), y solo después ayudaron a las heridas, gracias a las protestas de las trabajadoras que en el momento del terremoto se encontraban fuera de las fábricas esperando a entrar con el siguiente turno.

feministas sobre la contribución de esta actividad a la acumulación de capital. Así, parece que la teoría convencional no tiene nada que decir sobre los cambios macroscópicos que la expansión de las relaciones capitalistas ha producido en las condiciones de la reproducción social en el «Sur Global». El único aspecto de la reproducción que habitualmente mencionan los teóricos de la NDIT es el impacto que el trabajo en las zonas de libre comercio tiene en la vida familiar y en la gestión del trabajo doméstico<sup>8</sup>. De todas maneras esto es solo una pequeña parte de un proceso mucho más amplio que destruye las vidas de la gente sin la cual no serían posibles ni la nueva división internacional del trabajo ni las zonas de libre comercio.

Si se observa la NDIT desde el punto de vista de la producción y la reproducción, se puede trazar una radiografía muy distinta a la mostrada por los defensores del Nuevo Orden Mundial<sup>9</sup>. Antes de nada, porque se puede ver que la expansión de las relaciones capitalistas está firmemente sujeta (como ya lo estaba en tiempos de los cercamientos ingleses y de la conquista de América) a la premisa de la separación de los productores de los medios de (re)producción y de la destrucción de cualquier actividad económica que no esté orientada al mercado, comenzando por la agricultura de subsistencia. También podemos ver cómo la globalización económica ha conducido a la formación de un mundo proletario que no es propietario de ninguno de los medios de producción, forzado a depender de las relaciones económicas para su supervivencia, pero sin acceso a ingresos económicos. Esta es la situación que el Banco Mundial y el FMI han creado en África, Asia y Sudamérica gracias a las políticas de liberalización. Estas políticas han minado tanto la reproducción social de las poblaciones del «Tercer Mundo»

---

<sup>8</sup> El trabajo más importante entre los producidos sobre esta temática es el volumen editado por Kathryn Ward, *Women Workers and Global Restructuring*, Ithaca (Nueva York), ILR Press, 1990, que incluye el ensayo de D. L. Wolf sobre las familias de las trabajadoras de las fábricas de las zonas rurales de Java, y el de Susan Tiano sobre las mujeres empleadas en las maquilas en la frontera entre México y Estados Unidos.

<sup>9</sup> El concepto de «Nuevo Orden Mundial» es utilizado aquí con un significado diferente al que recibió dicho término cuando fue acuñado a mediados de los años setenta por las élites del «Tercer Mundo». Entonces el término expresaba las demandas de la burguesía del «Tercer Mundo», que reclamaba una distribución internacional diferente de la riqueza mundial y un impulso al desarrollo nacional; hacían así un llamamiento al fin de las desigualdades entre el «Primer» y el «Tercer Mundo» (Guelfi, «Il dialogo...», op. cit.). Sin embargo en este texto, el término se refiere al montaje político y económico surgido tras la imposición, a nivel mundial, del neoliberalismo económico; con este último significado es con el que hoy en día se utiliza de forma generalizada.

que incluso el Banco Mundial ha tenido que reconocer que ha cometido fallos. Nos han conducido a un nivel de pobreza sin precedentes en el periodo postcolonial, y han borrado los logros más importantes conseguidos por las luchas anticoloniales: el compromiso de los Estados de las naciones recién independizadas a invertir en la reproducción del proletariado nacional.

Los recortes masivos en el gasto gubernamental para servicios sociales, las repetidas devaluaciones de la moneda y las congelaciones salariales están en el centro de los «programas de ajuste estructural» y en la agenda neoliberal. También hay que mencionar las actuales expropiaciones de tierras llevadas a cabo por la agricultura comercial y la institución de un constante estado de guerra<sup>10</sup>. Interminables guerras, masacres, poblaciones enteras obligadas a huir de sus tierras convirtiéndose en refugiados... no son solo las consecuencias de un empobrecimiento dramático que intensifica, como los medios de masas quieren hacernos creer, los conflictos étnicos, políticos y religiosos. Son complementos imprescindibles para la privatización de las relaciones territoriales y el intento de crear un mundo en el que nada escape a la lógica del beneficio. Estos son los últimos medios utilizados para expropiar a poblaciones que, hasta hace poco, tenían acceso a tierras y a los recursos naturales, de los que ahora se han apoderado las corporaciones multinacionales.

El ajuste estructural y la liberalización económica también han acabado con las políticas de «sustitución de importaciones» que habían adoptado los ex países coloniales durante la década de 1960 para lograr cierto grado de autonomía. Este paso ha provocado el desmantelamiento de la industria local, ya que al abrir el mercado doméstico a las importaciones extranjeras se ha permitido a las transnacionales inundar los mercados con productos importados con los que no puede competir la industria local<sup>11</sup>. La construcción de las zonas de libre comercio no ha remediado esta situación sino que la ha explotado beneficiándose de ella, permitiendo que las empresas extranjeras mantengan salarios inferiores a los niveles de

---

<sup>10</sup> Para un análisis de la responsabilidad del Banco Mundial en estos procesos, véase la obra de Bruce Rich, *Mortgaging the Earth*, Boston, Beacon Press, que documenta las catástrofes sociales y ecológicas que han causado los proyectos que financia esta institución.

<sup>11</sup> Al igual que en los antiguos países socialistas, los programas del Banco Mundial y del FMI han llevado al desmantelamiento de las industrias nacionales: las minas de estaño en Bolivia, las minas de cobre en Zambia, la industria del yute en Bangladesh, la industria textil en Tanzania y las industrias subvencionadas por el gobierno en México.

subsistencia, razón por la cual, tal y como argumenta Saskia Sassen, las zonas de libre comercio se han convertido en trampolines para la migración<sup>12</sup>.

La industrialización del «Tercer Mundo» es un mito, como lo ratifica el hecho de que, durante las décadas de 1980 y 1990, la transferencia de capitales del «Primer» al «Tercer Mundo» ha sido reemplazada por el traspaso de capital y trabajo del «Tercer» al «Primer Mundo». La escala a la que se desarrolla este fenómeno es inmensa.

Las remesas suponen en importancia y tamaño el segundo mayor flujo de dinero tras los ingresos derivados del petróleo. En algunas partes del mundo (por ejemplo, en México), hay poblaciones enteras que dependen de ellas. Según el Banco Mundial, el volumen de las remesas ha pasado de los 24.000 millones de dólares, durante la década de 1970, hasta los 65.000 millones en los años ochenta, y estas cantidades solo se refieren a las remesas que pasan a través del sistema bancario; no incluyen aquellas en especie, como por ejemplo muebles, aparatos de televisión y otros bienes que los inmigrantes transportan en los viajes a sus países.

La primera consecuencia del empobrecimiento al que la liberalización económica ha condenado al mundo proletario ha sido el despegue de un vasto movimiento migratorio del «Sur» al «Norte», subsiguiente a las transferencias de capital que el pago de la deuda externa ha causado.

Este movimiento migratorio de proporciones bíblicas<sup>13</sup>, que supone un aspecto estructural del nuevo orden económico y que es inherente a la

---

<sup>12</sup> Como señala Saskia Sassen los países receptores de las mayores cantidades de inversión extranjera destinadas a la producción para la exportación son los mismos que poseen las cifras más altas de población emigrante fuera de sus fronteras y los mismos en los que la emigración sigue en aumento; *The Mobility of Labor and Capital: A Study In International Investment and Labor Flow*, Cambridge (Reino Unido), Cambridge University Press, 1990, pp. 99-114.

<sup>13</sup> Según estimaciones de la OIT (ILO en sus siglas en inglés), a mediados de los años ochenta, aproximadamente 30 millones de personas habían abandonado sus países en busca de trabajo. Si, tal y como sugiere Lydia Posts, a esas cifras les añadimos las relativas a los familiares de los inmigrantes, las concernientes a los inmigrantes sin papeles y a los refugiados, se alcanza una cifra de casi sesenta millones de personas; véase *The World Market: A History of Migration*, Londres, Zed Books, 1990, p. 159. De ellos, en Estados Unidos, más de las dos terceras partes pertenecen a países del llamado «Tercer Mundo»; en

globalización del mercado de trabajo, evidencia la manera en la que se ha reestructurado la división internacional del trabajo. Y demuestra que la crisis de la deuda y el «ajuste estructural» han creado un sistema de apartheid global. Es por ello que el «Tercer Mundo» se ha visto transformado en una inmensa empresa de mano de obra barata, que funciona respecto a las economías metropolitanas de la misma manera que lo hacían los bantustanes<sup>14</sup> respecto a las áreas blancas en Sudáfrica. No es casual que la salida de los mismos se vea regulada por un sistema similar de pases y restricciones, lo que garantiza que los y las inmigrantes se ven doblemente devaluados en los países de llegada, como inmigrantes y como trabajadores/as no documentados/as. Al introducir las restricciones que hacen que las y los trabajadores/as inmigrantes estén indocumentados/as, la inmigración se usa como método para reducir el coste de la mano de obra.<sup>15</sup>

---

los países productores de petróleo de Oriente Medio, los inmigrantes procedentes de estos países suponen las nueve décimas partes del total. En la Comunidad Económica Europea hay unos quince millones de inmigrantes documentados, incluyendo refugiados políticos y, aproximadamente, unos ocho millones de inmigrantes indocumentados (World of Work, núm. 3, abril de 1993). De todas maneras, estas cifras están destinadas a incrementarse ya que las políticas de ajuste estructural y de liberalización económica continúan creando pobreza, y tanto el Banco Mundial como otras agencias internacionales continúan animándolas. De esta manera, todo indica que la diáspora del «Tercer Mundo» continuará el próximo siglo; no nos enfrentamos a una situación de contingencia sino que se trata de una reestructuración mundial de las relaciones laborales.

<sup>14</sup> Los defensores del apartheid argumentaban que la discriminación racial contra los negros estaba basada legalmente en que estos no eran ciudadanos de Sudáfrica, sino ciudadanos de otros estados independientes (llamados bantustanes), por lo que carecían de ciudadanía sudafricana y no tenían derechos que reclamar al gobierno de Pretoria. En efecto, el gobierno de Sudáfrica procedió a crear diez estados autónomos, se le retiró la ciudadanía sudafricana a la mayoría de los negros, que constituían el 80 % de la población sudafricana, y se les otorgó la nacionalidad de algún bantustán. Gracias a este argumento, a dicha población negra se le consideraba como «transeúntes» o «población temporal» que debía circular por el territorio de Sudáfrica solamente si estaba provista de pasaportes en lugar de pases. De 1960 hasta 1980, el gobierno forzó a un total de tres millones y medio de individuos a desplazarse hacia estas zonas para vivir allí, o en caso de que ello no fuera posible se les otorgó la nacionalidad de un «Estado» donde jamás habían vivido.

<sup>15</sup> Como escribe Arjun Makhijani: «La realidad global del capitalismo en oposición a su mitología es que, como sistema económico, resulta igual a Sudáfrica en su dinámica y divisiones, y en su violencia y desigualdades», «Economic Apartheid in the New World Order» en Phyllis Bennis y Michael Mushabeck (eds.), *Altered States: A Reader in the New World Order*, Brooklyn (Nueva York), Olive Branch Press, 1993, p. 108. «El sistema sudafricano de aprobación de leyes se ha visto reproducido a escala internacional mediante un sistema de pasaportes y visas por las que la movilidad es fácil para una minoría y una ardua tarea para la mayoría» (ibidem); «Incluso las estadísticas hacen las mismas divisiones de blancos y no

Porque solo si las y los inmigrantes están social y políticamente devaluados/as pueden ser utilizado/as para contener las exigencias de la clase obrera local.

Para aquellos/as que no pueden emigrar o que no tienen acceso a las remesas que envían los y las emigrantes, la alternativa es una vida de penurias. Falta de alimentos, medicinas, agua potable, electricidad, escuelas, carreteras en buen estado, desempleo masivo... son para la mayoría su realidad cotidiana, reflejada en un constante estallido de epidemias, disgregaciones de la vida familiar<sup>16</sup> y el fenómeno de niños y niñas viviendo en las calles o trabajando en condiciones de esclavitud. También se refleja la realidad en las intensas luchas, que a veces toman la forma de revueltas urbanas, mediante las cuales las poblaciones de los países «ajustados» intentan resistir al cierre de las industrias locales, al aumento de los precios de los productos básicos y de los transportes, y a la extorsión económica a la que están sujetos en nombre del pago de la deuda.

A partir de esta descripción, podemos ver que cualquier proyecto feminista que únicamente se preocupe de la discriminación sexual y que no acierte a situar la «feminización de la pobreza» en el contexto del avance de las relaciones capitalistas está condenado a ser irrelevante además de acabar por ser finalmente cooptado. La NDIT introduce una redistribución internacional del trabajo reproductivo que refuerza las jerarquías inherentes a la división sexual del trabajo y crea nuevas divisiones entre las mujeres.

---

blancos; diferencias similares de ingresos; diferencias similares en mortalidad infantil, similares expropiaciones de tierras y recursos naturales; similares reglas que otorgan movilidad a la minoría y se la niegan a la mayoría» (p. 109).

<sup>16</sup> Incluso aunque no emigren los dos progenitores, rara vez las familias se mantienen unidas frente al desempleo masculino y la necesidad de encontrar sustento. Las políticas de ajuste estructural, ponen entonces, también en riesgo los intentos de extender el modelo de familia nuclear a todo el mundo.



## Emigración, Reproducción y Feminismo Internacional.

Si es verdad que las remesas enviadas por las y los inmigrantes constituyen el mayor flujo de dinero mundial, tras los ingresos derivados del petróleo, entonces la principal mercancía que el «Tercer Mundo» exporta al «Primero» es la fuerza de trabajo. Dicho de otra manera, igual que en el pasado, también hoy, la acumulación capitalista es sobre todo una acumulación de trabajadores/as, un proceso que se da principalmente mediante la inmigración<sup>17</sup>. Esto significa que una parte significativa del trabajo necesario para reproducir la mano de obra metropolitana lo llevan a cabo mujeres en África, Asia, Latinoamérica o en los antiguos países socialistas, principales puntos de origen de los movimientos migratorios contemporáneos. Este trabajo nunca computa en la deuda del «Tercer Mundo» pero sí que contribuye directamente a la acumulación de riqueza en los «avanzados» países capitalistas, ya que la inmigración se utiliza para contrarrestar el declive demográfico, mantener los salarios a la baja y transferir el plustrabajo de las colonias a las «metrópolis». Esta es una realidad que las feministas deben reconocer, tanto para desenmascarar lo que supone la «integración en la economía global» como para desmitificar la ideología de la «ayuda al Tercer Mundo» que esconde una inmensa apropiación del trabajo no remunerado de las mujeres.

Las mujeres de todo el mundo no solo producen el capital humano que mantienen en funcionamiento la economía global. Desde comienzos de la década de los noventa se ha producido un salto en la emigración femenina del «Sur Global» al Norte, en el que proveen un porcentaje en continuo incremento de la mano de obra empleada en el sector servicios y el trabajo doméstico<sup>18</sup>. Tal y como ha observado Cynthia Enloe, con la imposición de

---

<sup>17</sup> Dos ensayos pioneros de Mariarosa Dalla Costa han analizado la relación entre emigración y reproducción. El primero (1974) estudia las dinámicas de la emigración en relación con los países de salida y de llegada, y su papel en la formación en Europa de la clase obrera multinacional, el segundo (1981), analiza el papel de la emigración del Tercer Mundo en la estratificación del trabajo en Italia, especialmente el trabajo reproductivo.

<sup>18</sup> Según las estadísticas proporcionadas por la OIT, más del 50 % de los/as inmigrantes del «Tercer Mundo» son mujeres. Véanse Noleen Heyzer et al., *The Trade in Domestic Workers: Causes, Mechanisms and Consequences of International Migration*, London & Kuala Lumpur, Asian and Pacific Development Centre, junto con Zed Books, 1994; Stalker, *The Work of Strangers*, op. cit. La mayor parte de ellas encuentran trabajo como empleadas domésticas (sirvientas, niñeras, cuidadoras de ancianos) o en los sectores de servicios especializados en labores reproductivas: turismo, sanidad, entretenimiento, prostitución, etc.

políticas económicas que incentivan la inmigración, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial han permitido a los gobiernos de Europa, Estados Unidos y Canadá resolver la crisis del trabajo doméstico que se encuentra en los orígenes del movimiento feminista, y ha «liberado» a miles de mujeres solo para que produzcan más trabajo exodoméstico. El empleo de mujeres filipinas o mexicanas que, por una modesta suma, limpian las casas, crían a niños, cocinan y cuidan a los mayores, permiten que las mujeres de clase media escapen de un trabajo que ya no quieren o no pueden hacer durante más tiempo, sin reducir simultáneamente su nivel de vida. Es evidente que esta es una «solución» problemática ya que crea relaciones entre las mujeres de «criadas-señoras» complicándolas aún más si cabe por los prejuicios que rodean el trabajo doméstico: la asunción de que no se trata de un trabajo real y que debería ser pagado lo menos posible, cuyos límites no están definidos, etc. El empleo de trabajadoras domésticas hace, además, a las mujeres (más que al Estado) responsables del trabajo reproductivo y debilita la lucha contra la división del trabajo en el interior de las familias, ya que libra a las mujeres de la tarea de obligar a los hombres a compartir las tareas domésticas. Para las mujeres inmigrantes, asumir un trabajo doméstico supone una elección dolorosa, ya que es un trabajo pagado pobremente y que requiere que cuiden de las familias de otros mientras que ellas tienen que dejar de lado a las suyas.

Durante las décadas de 1980 y 1990, se ha desarrollado otro fenómeno que demuestra el intento de volcar las tareas de reproducción de la mano de obra sobre las espaldas de las mujeres del «Tercer Mundo». Entre los hechos más significantes se encuentra el desarrollo de un vasto mercado infantil de alcance internacional, organizado mediante sistemas de adopción, y que ha evolucionado en un negocio que mueve anualmente miles de millones de dólares. Hacia finales de los años ochenta, se calculaba que cada cuarenta y ocho minutos un/a niño/a adoptado/a entraba en Estados Unidos, y a comienzos de la década de 1990, solo desde Corea del Sur se exportaron 5.700 niños/as anuales a EEUU. Hoy, lo que las feministas han descrito como un «tráfico de menores» internacional se ha extendido incluso a los antiguos países socialistas, sobre todo a Polonia y Rusia, donde el descubrimiento de agencias de venta de niños (en 1994 más de 1.500 fueron exportados a EEUU) ha levantado un escándalo nacional. Hemos podido ver también el crecimiento de las «granjas de bebés», en las que específicamente se producen niños/as para su exportación, y el empleo creciente de «mujeres del Tercer Mundo» como madres de alquiler. La

subrogación materna, como la adopción, permiten a mujeres de los «avanzados» países capitalistas evitar la interrupción de sus carreras o hacer peligrar su salud por tener un hijo/a. En contraprestación los gobiernos del «Tercer Mundo» se benefician del hecho de que cada niño/a vendido/a trae divisa extranjera a sus arcas; y el Banco Mundial y el FMI aprueban tácitamente esta práctica puesto que la venta de niños/as sirve para corregir el «exceso demográfico» y armoniza con el principio por el cual las naciones deudoras deben exportar todos sus recursos naturales, desde bosques hasta seres humanos.

También hemos visto la masificación, especialmente en algunas partes de Asia (Tailandia, Corea del Sur, Filipinas), de la industria del sexo y el turismo sexual, sirviendo a una clientela internacional, incluyendo a la armada de EEUU que, desde la Guerra de Vietnam, utiliza estos países como zonas de «Descanso y Recuperación». A finales de los años ochenta, tan solo en Tailandia, de una población de 52 millones de personas, un millón de mujeres trabajaban en la industria del sexo. A esto debemos añadirle el inmenso incremento en el número de mujeres del Tercer Mundo o de los antiguos países socialistas que trabajan como prostitutas en Europa, Estados Unidos y Japón, a menudo en condiciones de semiesclavitud.

No menos importante es el «tráfico» de «esposas por catálogo» que, en los años ochenta, se ha desarrollado a escala internacional. Tan solo en Estados Unidos, unos 3.500 hombres contraen matrimonio con mujeres que han seleccionado por catálogo. Las esposas son mujeres jóvenes que provienen de las zonas más pobres del sureste de Asia o de Sudamérica, aunque también hay mujeres de Rusia y de otros antiguos países socialistas que han elegido este método para emigrar. En 1979, 7.759 mujeres filipinas dejaron su país por este medio. El tráfico de «esposas por catálogo» explota por un lado el empobrecimiento de las mujeres y, por otro, el sexismo y el racismo de los hombres norteamericanos y europeos, que desean una mujer que puedan controlar, y que confían en la vulnerabilidad de mujeres que dependen de ellos para poder quedarse en el país.

Tomados en conjunto, estos fenómenos muestran que lejos de ser una herramienta para la emancipación femenina la NDI es el vehículo de un proyecto político que intensifica la explotación de las mujeres, y recupera formas de trabajo coercitivo que habíamos considerado extintas con la desaparición de los imperios coloniales. También relanza la imagen de las

mujeres como objetos sexuales y como criadoras, e instituye entre las mujeres una relación similar a la que mantenían las mujeres blancas y negras durante el apartheid en Sudáfrica.

El carácter antifeminista de la nueva división internacional del trabajo es tan evidente que debemos preguntarnos hasta qué punto ha sido obra de la «mano invisible» del mercado, o ha supuesto una respuesta planificada a las luchas que las mujeres han mantenido contra la discriminación, el trabajo no remunerado y el «subdesarrollo» en todas sus formas. En cualquier caso, las feministas debemos organizarnos contra este intento de recolonización, en el que la NDIT es un vehículo que reabre la lucha en el terreno de la reproducción.

No es útil, en la práctica, criticar a las mujeres que emplean trabajadoras domésticas, como hacen algunas feministas. Mientras el trabajo reproductivo sea mantenido como una responsabilidad individual o familiar, puede que no dispongamos de muchas alternativas, especialmente cuando tenemos que cuidar de alguien que está enfermo o no es autosuficiente, y además tenemos un trabajo fuera del hogar. Esta es la razón por la que muchas mujeres con hijos/as pequeños/as dependen de las ayudas sociales; pero esta alternativa está cerca de extinguirse. También existe el peligro de que, al condenar el empleo de las trabajadoras domésticas sin proponer ninguna alternativa, se refuerce la ilusión de que el trabajo reproductivo no es un trabajo imprescindible. Esta asunción ha plagado las políticas feministas de los años setenta y hemos pagado un alto precio por ello. Si el movimiento feminista hubiese luchado por hacer que el Estado reconociese el trabajo reproductivo como trabajo y hubiese adquirido responsabilidad financiera por ello, puede que no hubiésemos tenido que contemplar el desmantelamiento de los pocos presupuestos sociales a los que podíamos optar, ni una nueva solución colonial a la «cuestión del trabajo reproductivo»<sup>19</sup>. También hoy, una movilización feminista que obligase al Estado a pagar por el trabajo reproductivo sería bastante efectiva en la mejora de sus condiciones y en la construcción de solidaridad entre las mujeres.

---

<sup>19</sup> Como ha indicado Mary Romero, el movimiento feminista en Estados Unidos ni siquiera ha sido capaz de obtener partidas económicas, tales como la baja maternal pagada, que están garantizados en otros países.

Consideraciones similares merecen los esfuerzos que las feministas realizan para convencer a los gobiernos de que legislen como delitos la violencia doméstica y el tráfico de mujeres, ya que estas iniciativas no van a la raíz de los abusos perpetrados a las mujeres.

¿Puede el castigo poner remedio a las situaciones de abyecta pobreza que padecen y que lleva a los progenitores a vender a sus hijos/as o a introducirlos/as en la prostitución en algunos países? ¿Y cómo podrían los gobiernos de Asia o África mejorar la condición de las mujeres cuando el Banco Mundial y el FMI los fuerzan a cortar todos los programas de gasto social y a adoptar estrictos programas de austeridad? ¿Cómo podrían estos gobiernos proporcionar un acceso igualitario de las mujeres a la educación o mejoras en el sistema sanitario cuando los ajustes estructurales exigen que se recorten todos los subsidios para estos programas? ¿Estarán deseosos de enviar a sus hijas a la escuela cuando sus hijos están desempleados tras haber adquirido un diploma?

Si el feminismo internacional y la sororidad global son posibles, las feministas deben hacer suya la lucha contra los ajustes estructurales, contra el pago de la deuda externa y la introducción de las leyes de protección intelectual, las señales más visibles de los métodos por los cuales se está organizando la nueva división internacional del trabajo, y con los que se está provocando el hundimiento de los medios de subsistencia de la mayoría de la población del planeta.

Tal y como las feministas del «Tercer Mundo» han señalado a menudo, las desigualdades que existen entre las mujeres a nivel internacional también afectan a las políticas del movimiento feminista. El acceso a mayores recursos (transporte, préstamos, publicaciones, veloces medios de comunicación) permite a las feministas europeas y estadounidenses imponer sus agendas en las conferencias internacionales y jugar un papel hegemónico en la definición de cómo deben ser las luchas feministas y el feminismo.

Las relaciones de poder que genera la NDIT también se reflejan en el papel que las mujeres juegan en las Organizaciones No Gubernamentales (ONG) metropolitanas que financian «proyectos generadores de ingresos» para las mujeres del «Tercer Mundo». Además de movilizar el trabajo no remunerado de las mujeres para compensar la pérdida de servicios sociales que causa el

ajuste estructural, estos proyectos generan una relación patrón-cliente entre las mujeres. Las ONG metropolitanas deciden qué proyectos financian, cómo evaluarlos, a qué mujeres reclutan, todo esto sin contar con las mujeres cuya labor organizan. Debería tenerse en cuenta que la función que las ONG metropolitanas juegan respecto a las mujeres que «ayudan» es en parte respuesta al debilitamiento del papel de los maridos y el Estado como supervisores del trabajo de las mujeres en los países sujetos al ajuste estructural. Mientras que los hombres emigran, o no tienen el dinero necesario para mantener una familia, y paralelamente el Estado no cubre las necesidades o se supone que no tiene fondos para invertir en la reproducción social, emerge un nuevo régimen patriarcal, que sitúa a las mujeres del «Tercer Mundo» bajo el control del Banco Mundial, el FMI y de todas las ONG que gestionan «proyectos generadores de ingresos» y programas de «ayuda». Estos son los nuevos supervisores y explotadores del trabajo reproductivo de las mujeres, y este nuevo patriarcado se apoya en la colaboración de las mujeres europeas y norteamericanas que, como nuevas misioneras, son reclutadas con el objeto de entrenar a las mujeres de las «colonias» para capacitarlas y que desarrollen las actitudes necesarias para que lleguen a integrarse en la economía global<sup>20</sup>.

---

<sup>20</sup> Estos proyectos consisten habitualmente en créditos a sindicatos-cooperativas que conceden préstamos a sus miembros, quienes asumen colectivamente la responsabilidad por el pago, bajo el modelo del Grameen Bank —o de programas que enseñan a las mujeres a desarrollar «actividades generadoras de ingresos». Como Jutta Berninghausen y Birgit Kerstan han descrito en su estudio sobre las actividades de las ONG javanesas, estas últimas mantienen una función desestabilizadora/defensiva más que una emancipadora, y en el mejor de los casos, intentan recuperar las relaciones a nivel micro de las relaciones individuales o comunitarias que han sido destruidas por las políticas económicas; véase *Forging New Paths: Feminist Social Methodology and Rural Women in Java*, Londres, Zed Books, 1992, p. 253

## **Conclusión.**

Este análisis de la NDIT muestra los límites de la estrategia política feminista que no sitúa la lucha contra la discriminación sexual dentro de un marco de trabajo anticapitalista. También muestra que el desarrollo capitalista no solo continúa produciendo pobreza, enfermedades y guerras, sino que únicamente puede sobrevivir mediante la creación de divisiones dentro del proletariado, las mismas que descartan e imposibilitan la consecución de una sociedad libre de explotación. Es por todo esto que las políticas feministas deben subvertir la nueva división internacional del trabajo y el proyecto de globalización económica del que surge. Los movimientos de base feministas a lo largo del planeta exigen la devolución de las tierras comunales, el rechazo al pago de la deuda externa y la abolición de los ajustes estructurales y la privatización de tierras. Nos recuerdan que no podemos separar la demanda de la igualdad de la crítica al rol que el capital internacional tiene en la recolonización de sus países y que las luchas que las mujeres llevan a cabo cotidianamente para sobrevivir son luchas políticas y luchas feministas.